

„Nos iremos sin corona,
que no ha de hacerle gran falta
á quien tres ganó en el campo,
y otras dos tiene heredadas.”—

Así dijo el Rey don Jaime,
con española arrogancia;
y se alejó del Concilio
sin volver atrás la cara.



XX

MUERTE DEL REY

E nuevo el reino de Jaime
se parte en opuestos campos;
de nuevo se alzan en armas
los nobles, nunca domados.

Rebelde contra su padre,
Fernán Sánchez, el Bastardo,
recibe en Pomar la muerte
de orden de Pedro, su hermano.

La corona de Navarra
disputa Pedro á Fernando,
mientras Felipe, el Hermoso,
viene á combatir con ambos.

Aben-Yucef, de Marruecos,
llama á las armas, en tanto,
y cruza el Estrecho, al frente
de una nube de africanos.

El hijo del rey don Jaime,
el arzobispo don Sancho,
parte á combatir infieles,
y halla la muerte á sus manos.

Con el sueño del imperio
desvanecido, el Rey Sabio
marcha en pos de una quimera,
y abandona sus Estados.

En Villa Real expira
el infante don Fernando,
y la herencia de sus hijos
usurpa don Sancho el Bravo.

Al-Azarach, de Valencia
á los moros sublevando,
siembra por doquier la muerte,
el incendio y el estrago.

Cien tormentas se desatan
sobre los tronos cristianos;
el aire engendra traiciones,
las nubes abortan rayos.

Navarra, Aragón, Castilla,
franceses y mahometanos,
todos se retan de muerte,
todos luchan sin descanso.

No hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano,
ni armas para tantos odios,
ni á tantas armas espacio.

Los pendones de Aragón,
nunca en el riesgo plegados,
cayeron, junto á Luchente,
deshechos en mil pedazos.

Y cuando más de su esfuerzo
necesitan sus Estados,
don Jaime, el sol de los Reyes,
va de su vida al ocaso.

SÚs, caballeros! ceñidme
las armas; dadme el caballo,
que Aragón yace vencido,
mientras en el lecho yazgo!

¡A vengar voy su derrota,
á vengar voy á don Sancho!
¡Muerto me juzgáis los moros;
ya veréis si vivo y mato!,—

Así grita el rey don Jaime,
que está doliente y postrado,
queriendo alzarse del lecho,
pero sin poder lograrlo.

—“¿Por qué me quitáis las fuerzas?—
(exclama, de ellas exhausto),
volviendo hacia Dios los ojos
y al cielo alzando los brazos.

—“¡Mas no importa!”,—dice luego
con aliento sobrehumano.—
Llevadme, en una litera,
donde están esos bellacos;

„que delante, un caballero
saque mi pendón al campo;
veréis cómo, sólo al verme,
huyen los moros de espanto.”—

Pero cuanto más se exalta
el doliente Soberano,
más al peso del espíritu
se quiebra el terreno vaso.

EL vencedor de los Reyes,
cubierto de toscos hábitos,
yace en su lecho de púrpura,
como estatua de alabastro.

En torno están los burgueses,
ricos-homes y prelados,
y los dos nobles Infantes,
sus lágrimas ócultando.

—“Pedro, Jaime—dice el Rey;—
como quienes sois, amáos,
y que no os separen nunca
los palaciegos engaños.”—

Y tomando su tizona
con la ya rígida mano,
por última vez la mira,
lentos los ojos de llanto;

y hacia el infante don Pedro
su pálida faz tornando,
le dice, al darle la espada,
con acento firme y claro:

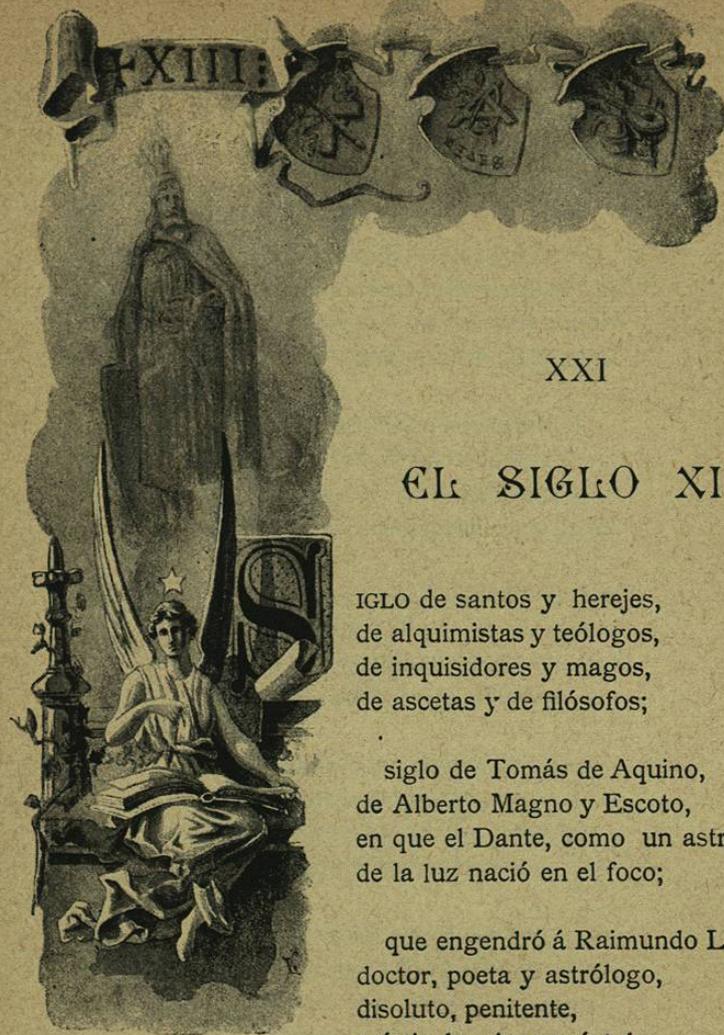
—“Toma, y lleva dignamente
este hierro inmaculado,
con el que gané tres reinos
y puse á la tierra espanto.

„Ama y protege á tus súbditos,
al humilde más que al alto;
que el Rey que á sus pueblos ama,
será de su Dios amado.”—

Dijo el Monarca; y al cielo
los turbios ojos alzando,
bendijo á los nobles Príncipes,
que de hinojos se postraron.

Elevando una plegaria,
cruzó en el pecho las manos...
y la oración y la vida
se extinguieron en sus labios.

DELANTE de aquel cadáver
se postró el mundo, asombrado:
¡para contener su gloria
falta en los siglos espacio!



XXI

EL SIGLO XIII

IGLO de santos y herejes,
de alquimistas y teólogos,
de inquisidores y magos,
de ascetas y de filósofos;

siglo de Tomás de Aquino,
de Alberto Magno y Escoto,
en que el Dante, como un astro,
de la luz nació en el foco;

que engendró á Raimundo Lulio,
doctor, poeta y astrólogo,
disoluto, penitente,
mártir, hereje y apóstol:

que vió, en la silla de Pedro,
á Inocencios y Gregorios;
y á San Luis y San Fernando
y Alfonso Diez en el solio:

siglo de luto y de gloria,
adorable y monstruoso,
donde todo resucita,
donde se confunde todo;

la escuela y el Municipio,
la Inquisición y el cenobio;
donde todo es gigantesco,
indefinible y anómalo;

la liturgia en espectáculos,
en la catedral los *momos*,
cortes de amor en los templos,
misticismo licencioso.

Las damas en los torneos
viendo morir, en el polvo,
la flor de los paladines
en combates horrorosos:

fe que remueve los montes
y eleva los templos góticos,
esperanza, que se entierra
viva, en monacal sarcófago;

caridad que pone el labio
en las llagas del leproso,
y renuncia al albedrío,
por el santo amor del prójimo;

en las guerras el saqueo,
la matanza y el despojo;
en el claustro la pobreza,
lanegación de sí propio;

coronando los altares
los blasones orgullosos,
el grifo, que es la soberbia,
frente al humilde Ecce Homo.

Por el trovador la dama
abandonando al esposo,
las cortes de amor dictando
fallos que causan sonrojos;

la licencia de los príncipes
rompiendo sus matrimonios,
la excomunión, como un rayo,
cayendo sobre los tronos.

Como después del diluvio,
por impulsos misteriosos,
cauces se abrieron las aguas,
sueñas por el haz del globo,

tras el diluvio de sangre,
tras el desorden caótico,
se abren, por su propio esfuerzo,
fronteras los pueblos todos;

la espada de los cruzados
fuerza las puertas de oro
del Oriente, y de su espíritu
se exhala el divino soplo;

cual rayo de sol, fecunda
de Europa el sangriento lodo,
y, á miriadas, las ideas
bullen, como vivo polvo:

el verbo, ansioso de formas,
de pensamientos pletórico,
rompiendo al fin toda valla
se desata armonioso,

y nuestras modernas lenguas
fluyen, en curso sonoro,
de la lira, de la cátedra,
del libro y del consistorio.

Roger Bacón, desde el claustro,
ve con proféticos ojos
en los cielos de su mente,
del sol del progreso el orto;

precursor de Galileo,
sintiendo girar el globo:
—*E pur, si muove.*—En Segovia,
murmura el décimo Alfonso.

¡Siglo de luz y de horrores,
audaz y supersticioso,
hecho con fuego y aurora,
con mansedumbre y con odios;

si Dios, al juzgar los tiempos,
volviese hacia ti los ojos,
bastara para salvarte
que viera, entre tus escombros,

el manto del mercenario
de la mazmorra en el fondo;
y escalando lo infinito,
la aguja del templo gótico!

Encarnación gigantesca
de su edad de bronce y oro,
figura inmensa que tiene
el Universo por fondo;

se levanta el Rey don Jaime,
alto y vencedor en todo,
que hunde la frente en los cielos
si los pies tiene en el polvo:

don Jaime es el siglo trece,
noble, valiente, fogoso,
galante, sabio, altanero,
excomulgado y devoto.

Libre, luchador, magnífico,
grande en amores y en odios;
de niño empuña las armas,
vence en las lides de mozo;

corta á un Prelado la lengua
y ofrece á un nido su apoyo:
mientras empeña su escudo
por un puñado de oro,

tan valiente como espléndido,
conquista y regala pródigo,
á la de Urgell su condado,
y al Rey de Castilla un trono:

pídele auxilio el Pontífice
y alianza Paleologo;
y Castilla y Lombardía
solicitan su socorro:

hallando la Europa estrecha
para sus hechos heróicos,
viejo, emprende una cruzada
de nuevas glorias ansioso;

y al Oriente sometiera,
á la faz del mundo atónito,
si el mar no le rechazase,
que el mar lo pudiera solo!

Con la espada ganó reinos,
con la pluma escribió Códigos,
y el *Libro de la Saviesa*
de la suya testimonio;

dió ejemplo á sus campeones,
consejos al Sabio Alfonso;
vistió las mallas, la púrpura,
y el sayal del religioso:

fundó escuelas, municipios
y dos mil templos católicos;
como el Dante, hizo una lengua
de su dialecto sonoro;

como César, de su vida
trazó el gigante contorno,
dejándonos en su *Crónica*
de sus hechos el tesoro:

fué místico en las creencias
y en la vida licencioso,
y le sorprendió la muerte
en el umbral del cenobio.

Fué azote de los altivos,
de los débiles apoyo;
mantenedor del derecho,
de las edades asombro;

para sus pueblos, un padre;
nuevo Cid, para los moros;
para la leyenda, un santo;
para la historia, un coloso.